



# Homilía

## Miércoles de Ceniza

*Santa Iglesia Catedral, Miércoles 9 de marzo de 2011*

*Queridos sacerdotes, religiosos/as, hermanos todos en el Señor:*

Hoy, **Miércoles de Ceniza**, damos inicio al tiempo de Cuaresma, un itinerario espiritual de conversión, que nos lleva a la celebración de la Santa Pascua. Como afirma en su mensaje Benedicto XVI siguiendo el Prefacio I de este tiempo litúrgico:

“La Comunidad eclesial, asidua en la oración y en la caridad operosa, mientras mira hacia el encuentro definitivo con su Esposo en la Pascua eterna, intensifica su camino de purificación en el espíritu, para obtener con más abundancia del Misterio de la redención la vida nueva en Cristo Señor”. (cf. Prefacio Iº Cuar.).

Comenzamos, pues, el tiempo cuaresmal con la imposición de la ceniza. La Iglesia ha conservado este gesto, propio de los antiguos ritos con los que los pecadores públicos, en proceso de conversión, se sometían a la penitencia canónica, como signo de la actitud de su corazón penitente; gesto que cada bautizado está llamado a asumir como una llamada especial de acercamiento al Señor.

La **ceniza** nos hace presente nuestra condición de criaturas, al mismo tiempo que nos invita a la penitencia y la conversión, ya que expresa **“la debilidad radical del ser humano, su pecado y su miseria”**. Tenemos ahora una gran oportunidad para cambiar nuestros corazones y apostar por la solidaridad. La ceniza de este día se verá limpiada con el agua bautismal en la Vigilia Pascual. No echemos, por tanto, la gracia en **“saco roto”**, como nos exhorta San Pablo (cf. 2 Co 6, 1s). Iniciemos, con ánimo firme, este camino de renovación y vida nueva que nos propone la Iglesia.

Recordemos que la Cuaresma en sí es una llamada a prepararnos para actualizar y renovar nuestro **bautismo**, un momento favorable para experimentar la gracia que nos salva. Y para ello nada mejor que dejarnos guiar por la Palabra de Dios que, a lo largo de todos estos Domingos, recorre un itinerario análogo al catecumenado en las etapas de la iniciación cristiana, ofreciéndonos una escuela insustituible de fe, de vida cristiana y una preparación única para emprender el camino de la Pascua, la fiesta más gozosa y solemne de todo el Año litúrgico, que sella en nosotros la certeza de que el Señor no nos deja en nuestras cenizas, sino que por pura gracia nos invita a una vida nueva, revestida de inmortalidad y eternidad.

Además de la guía de la Palabra de Dios, en la tradición de la Iglesia, la llamada a la **“conversión”** viene marcada por tres acciones cuaresmales recogidas en el evangelio de hoy, y que son como las **“armas”** de la Iglesia: la **oración**, el **ayuno** y la **limosna**, que con la ayuda de Dios deben dar vida a una realidad interior que exprese el cambio y el compromiso sincero por vivir el Evangelio.

Es a la luz del profeta Joel cómo entendemos esa conversión y esas acciones cuaresmales: para **“convertirse”** es necesario **“rasgar el corazón y no las vestiduras”**; cambiar el corazón es un cometido del hombre, porque, además, es una promesa de Dios: **“os daré un corazón nuevo”** – nos ha dicho el Señor a través del profeta (cf. Ez 36, 26). En definitiva, la promesa se cumple escuchando y dejándose instruir por el Evangelio, que nos muestra dos actitudes y dos formas distintas de situarnos ante Dios.

***“Tú cuando ores... entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo oculto...”***

La **oración** no es para engrandecer nuestro **“ego”** creyéndonos mejores, sino para buscar esa relación personal con el Señor, que tanto necesitamos; ese diálogo de tú a Tú, que no excluye la oración

comunitaria, fundamental en la Eucaristía, sino que se apoya en ella y la complementa. Es decir, cambia tu corazón seducido por ser tú el centro de todo... -que era, en definitiva, lo que buscaba el fariseo en todos sus actos piadosos- y sitúate como criatura ante Aquel que te ha llamado a la vida y ha dado su vida por tí. La oración nos ayuda a recorrer el camino inverso de la soberbia y nos introduce en el camino de la necesidad de ser agradecidos.

En cuanto al **ayuno** hemos de considerar que es una práctica agradable a Dios, cuando se hace con espíritu de penitencia, y con voluntad de renuncia solidaria y generosa. El mismo Señor se retiró para orar y ayunar durante cuarenta días. Hoy se ayuna buscando efectos puramente terrenales; es decir, se realizan una serie de prácticas (a base de dietas adelgazantes, caminatas, o asiduos ejercicios en gimnasios sofisticados y de ordinario de alto precio...) para ser así aceptado y querido por un mundo que idolatra la salud y el cuerpo.

Pues bien, frente a esa motivación meramente estética, nosotros ayunamos para tener siempre presente que **“no sólo de pan vive el hombre”**. Nuestro combate es un diálogo con el Señor para pedirle que nos ayude a disminuir nuestro egoísmo, para que pueda Él ir creciendo en nuestro corazón. No se trata sólo de privarse de comer carne (que, además, es un signo de comunión que nos une e identifica como católicos, como Iglesia, pueblo de Dios), sino que también podemos ayunar de televisión, de tabaco, de fútbol, de ordenador. ¿Para qué? Para ser más libres y dedicar nuestro tiempo al que más nos necesita.

Y como muchas veces los verdaderos necesitados somos nosotros, de encontrarnos con Dios y de sentirnos amados por El, la privación penitente es un medio que potencia la súplica de la plegaria o bien humilla el corazón para poder impetrar el perdón de nuestros pecados y abrir espacios interiores al amor de Dios y a su misericordia: **“un corazón quebrantado y humillado, Tú no lo desprecias, Señor”** (cf Sal 51, 19).

Por eso, hacer una buena **“confesión sacramental”** es algo que, ya desde ahora, debemos ir madurando en nuestro corazón, como hizo el **“hijo pródigo”** de la parábola, cuando entró por los caminos de la **“conversión”**: **“iré a mi Padre y le diré.. Padre, he pecado...”** (cf Lc 15, 18)

Y no sólo el ayuno y la oración, sino también la **limosna**. Ante un mundo materialista en el que lo principal es el **“tener”**, la limosna nos permite vivir la experiencia de que no es el poseer y acumular lo que salva y da la felicidad, sino el **“ser”** amor y donación para los hermanos, y reflejar así que somos hijos de nuestro Padre del cielo.

Bien es verdad que dar limosna puede ser, a veces, relativamente fácil. Quizá con ello tranquilicemos nuestra conciencia, pero esto no es suficiente. No consiste en alimentar el materialismo, reduciendo la práctica cristiana y la vida de la Iglesia a una ONG atenta exclusivamente a los bienes de este mundo. No, la limosna que salva es la que es fruto de haber bebido de la fuente del amor que brota del Costado de Cristo; la que se realiza para mover el espíritu de caridad que nos hace ser solidarios con el sufrimiento de nuestro prójimo. No basta con dar dinero; es necesario también todo lo que sea signo de una donación interior: el tiempo, el cariño o la esperanza.

Por último, hermanos –siguiendo el mensaje de Benedicto XVI-, en este tiempo de Cuaresma dejémonos transformar por la acción del Espíritu Santo, como san Pablo en el camino de Damasco; busquemos orientar con decisión nuestra existencia según la voluntad de Dios; liberarnos de nuestro egoísmo, superando el instinto de dominio sobre los demás y abriéndonos a la caridad de Cristo. Para que, mediante la práctica de estas tres **“armas”** -el ayuno, la limosna y la oración-, podamos recorrer el camino de conversión hacia la Pascua y redescubrir el plan salvífico que Dios, nuestro Padre, nos ha asignado en Cristo. Renovemos, en fin, -junto con las promesas bautismales- la acogida de la gracia que Dios nos dio en ese momento, para que ilumine y guíe todas nuestras acciones.

Encomendamos nuestro itinerario a la **Virgen María**, que engendró al Verbo de Dios en la fe y en la carne, para sumergirnos como ella en la muerte y resurrección de su Hijo Jesús y obtener la vida eterna. Amén.

**+ José Mazuelos Pérez**  
Obispo de Asidonia-Jerez